

VII

UNA ESCARAMUZA Á PROPÓSITO DE ESTOCADAS

Como puede suponerse, en ese relato de su vida que expuso á Cocardasse, el joven sargento procuró ocultar cuanto pudiera alabarle; pero el viejo maestro de armas era lo bastante perspicaz para adivinar lo que se le ocultaba.

Sin interrumpir, escuchó hasta entonces con profunda atención.

Sin embargo, desde que empezó á hablarse de Passepoil, temblaba en sus párpados una lágrima y la lengua se sentía con tantas ganas de soltarse que no pudo resistirlo:

— ¡Ah! — exclamó — ¡Amable le ha enseñado admirablemente... el traidor! Pero, paréceme que me oculta usted algo. Por brillante que sea un tirador de sala, París no se enamora de él. ¡Bien lo sé yo! Su apodo debe tener alguna causa más grave.

Mi pequeño Parisiense, Lagardère, hubiera sido desconocido si sólo hubiera tirado en mi academia.

— Es usted perspicaz — replicó el sargento. — Pero, le ruego me dispense el que calle la circunstancia en que por primera vez me apodaron « Buena Espada ».

— ¿Tan grave es, para que se resienta su modestia?

— ¡Oh! ¡no crea tal cosa! — Fué un encuentro en que tuve suerte, simplemente...

En fin, voy á decírselo en dos palabras, porque, de todos modos, lo sabría tarde ó temprano por Passepoil, que no dejaría de contarle una novela, de una cosa muy ordinaria.

Volvemos á tomar aquí la palabra en nombre de Felipe que, en su relato, no dejó de encubrir mucho el brillo del papel por él desempeñado, cuando la extraña aventura que le valió el mote de « Buena Espada ».

Una noche de Febrero, — en la época en que la fama de Felipe empezaba á hacer afluir clientes y curiosos á la sala de armas de Passepoil — cuando el maestro normando regresaba con su discípulo de una función de magia dada por el duque de Noailles en su finca de extramuros, antes de llegar al portazgo de Popincourt, ambos se enredaron las piernas en una cuerda tendida á través la carretera, y, de común acuerdo, fueron á modelar sus formas en la nieve, entonces muy espesa.

Levantáronse Passepoil y Felipe, menos aturdidos por su caída que estupefactos por el espectáculo que ante ellos dejaba ver la incierta y temblorosa luz del farol del portazgo, aun lejano.

Había allí seis hombres, apoyados todos en largas espadas desnudas.

En esa oscuridad, no podía reconocer Passepoil á sus enemigos.

— ¡Eh! ¡Amable! — dijo con voz burlesca uno de los seis desconocidos — ¡ahora sí que estás sorprendido!

— ¿Es usted, Joël Kermaria? — preguntó el maestro, reconociendo la voz del bretón.

— ¡El mismo! — replicó el interpelado. — ¡Y os deseo á los dos una muerte cristiana, buenos amigos!

Los demás rompieron á reír. Parecía que en aquel momento, tenía algo de ingenioso el deseo expresado por el bretón.

— ¿Qué nos quieren ustedes? — preguntó Passepoil.

— En realidad, poca cosa... y nada malo... Aquí estamos una media docena de honrados compañeros, que hemos jurado á Dios que no dormireis en vuestras camas esta noche.

Passepoil empezó á comprender. No obstante, su naturaleza normanda indújole á preguntar:

— ¿Nos proponen una orgía? Ya sabes que no estoy acostumbrado á ellas.

— Eso es, excelentes maestros, orgía de golpes, para hablar con franqueza.

Como regresaban de casa de un gran señor, ni Passepoil ni su joven compañero traían armas.

El primero sabía el odio que en sus colegas despertaba la fama de su Academia — Kermaria era uno de éstos, — y creyó en un asesinato.

— ¿No nos daréis tiempo de confesar nuestros pecados? — preguntó en tono guasón, porque no conocía el miedo.

— ¿Vuestros pecados? ¡qué mala broma! — rugió Joël Kermaria dando libre curso á su envidioso odio. — Yo los confesaré por ti; puesto que *in extremis*, la Iglesia aconseja que se confíen al primero que se encuentre.

En primer lugar, tú eres un vanidoso por aceptar, sin remilgos, el título de primer maestro de esgrima de París...

Luego, y por la misma razón, eres embustero... Eres, por fin, ladrón audaz, por embolsarte el dinero de la corte, por simples juegos de manos...

En cuanto á tu compañero, es criminal por el mismo concepto que tú; puesto que siempre toma parte en tus estúpidas bravatas.

Además de Kermaria, estaban allí el gascón Grand-cœur, el irlandés O'Donnel, profesor jurado, el normando Sulpicio d'Aprville, Juan Poivre y Mario Bagatelle, estos dos últimos parisienses y maestros de esgrima.

Al pensar que querían deshacerse de él y de su discípulo en el acto, no se equivocaba Passepoil — y el modo de ser detenidos era amenazador augurio; — pero se engañaba respecto á la forma del asesinato.

Las gentes que manejan constantemente la espada conservan en general ciertos ribetes de honor.

Joël Kermaria pretendía batirse.

Es evidente que un combate de seis contra dos, aun uno por uno, es una especie de asesinato.

Pero no opinaba así Joël Kermaria, y, en medio de todo, el normando y su secuaz eran tan buenos tiradores que tal vez hubiera algo de cierto en su razonamiento.

Al terminar Joël el acta de acusación, dijo á Bagatelle :

— Enciende las antorchas.

Felipe y Passepoil pudieron entonces reconocer á sus enemigos y un rayo de esperanza iluminó el rostro de este último. No ignoraba las costumbres de las gentes de espada.

— Juan Poivre — dijo Kermaria. — Dales á elegir dos espadas.

Poivre cogió las seis espadas y las presentó á los dos hombres.

Passepoil eligió la suya. En cuanto á Felipe tomó ávidamente la primera que tuvo á mano, y en cuanto la agarró, subióle la sangre á las mejillas.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! — exclamó, hablando por primera vez y aspirando fuertemente el aire, — gracias, valientes... ¡ Que Dios os dé buena muerte !

Fustigó el aire con la espada, añadiendo :

— Á mi maestro y á mí nos causaría mucha pena matar á tan sensibles compañeros... Vamos, dejadnos, por favor, continuar nuestro camino.

Passepoil lo miró con admiración ; nunca lo había visto de aquel modo.

Joël Kermaria quitóse el sombrero y removía dentro de él seis papelitos enrollados, en cada uno de los cuales hállabase escrito el nombre de uno de los profes-

sores de armas ; y sin dejar de menearlos, dijo á Passepoil.

— ¿ Sentirá tu joven gallo que le nacen los espolones, Amable?... No ; no os marcharéis. Tenéis que morir aquí, por todo el mal que nos habéis hecho.

Passepoil y Felipe echaron una mirada circular para darse bien cuenta de la situación.

— No trate de marcharse, señor Passepoil — dijo Mario Bagatelle, que había sido su ayuda de sala antes de llegar Felipe y antes de establecerse él mismo, — porque pincharíamos todos á la vez.

— ¿ Y si nos quedamos ? — preguntó Felipe.

— Será igual — respondió Kermaria ; — con la diferencia de que lo haremos en mejor forma.

Y al mismo tiempo tendía su sombrero á Bagatelle, quien sacó uno tras otro los seis papelillos.

El primer nombre que salió fué el suyo. Conocía demasiado á su antiguo patrón, para verse algo en peligro.

— Puede usted estar seguro de que no he hecho trampa, señor Passepoil — dijo sonriendo tristemente.

Los demás nombres salieron por el siguiente orden : O'Donnel, Sulpicio d'Apreville, Grandcœur, Kermaria y Juan Poivre.

Después de echar la suerte, operación que en aquel momento tenía algo de siniestro, tomó Joël Kermaria la palabra ; diciendo :

— He aquí lo que se ha decidido : El primero es para Amable, el segundo para su gallito ; el tercero reemplazará al primero que caiga, y cada cual debe portarse lo mejor que pueda.

Los dos antepenúltimos atacarán juntos al más fuerte... y el último hará lo que le aconseje su valor ó su cobardía, porque los demás no estarán ya presentes para felicitarle ni para tratarle de cobarde...

Mientras hablaba Kermaria, persignése Bagatelle, para decir un padre nuestro.

Luego, se quitó el jubón y, cogió una de las espadas que quedaban.

Lo mismo hizo O'Donnel.

Passepoil y Felipe quitáronse también los jubones y los cuatro se pusieron en guardia.

Kermaria y Poivre tenían las antorchas.

Arreglábanse lo mejor que podían para que la luz cayese sobre los enemigos y dejase en la oscuridad á sus aliados.

Passepoil tenía cierta piedad para con su antiguo ayudante, y procuraba sólo defenderse.

En cuanto á Felipe, que no tenía las mismas razones para moderar sus estocadas al irlandés, le propinó á las primeras de cambio una estocada que lo hizo caer de espaldas, con los brazos abiertos y sin pronunciar una sola palabra.

Todos los profesores se inclinaron contra el cuerpo.

— ¡ Otra vez la maldita estocada ! — exclamaron.

— Á ti, Sulpicio — dijo Kermaria.

El normando se acercó al joven y dijo á Passepoil :

— Hubiera querido medirme contigo, paisano.

— No perderás en el cambio — repuso Passepoil, sin dejar de batirse. — Ese muchacho va á darte pasaporte.

Conociendo el juego de su adversario que acababa de estudiar, Sulpicio de Apreville evitó entregarle el arma, y, de pie firme, le dirigió una estocada á fondo.

El efecto de ésta fué imprevisto.

— Tengo lo bastante — murmuró el normando tambaleándose y llevándose los manos al rostro, abandonando el arma.

Por sí mismo, había expuesto su ojo á la famosa estocada que hizo la reputación de Lagardère.

— No le he engañado, paisano — dijo Passepoil. — Ya lo ve.

Y empezaba á calentarse, por lo que Bagatelle no podía apenas defenderse.

— Á ti, Grandcœur — exclamó Kermaria. — Ya que nuestro amigo Amable parece que está manco y se hace reemplazar por su alumno, se cambian los papeles. Poivre y yo atacaremos juntos los últimos.

Después de Passepoil, era el gascón Grandcœur la mejor espada de París.

Púsose en guardia á distancia, con la mano izquierda por cima de los ojos, como si la emplease, no de visera, sino de escudo.

Pero su mano fué atravesada, como también su cráneo.

¡ Otra vez la estocada de Nevers !

— ¡ Buena Espada, — rugió Kermaria, arrojando la tea á la nieve : — ¡ ahora nos veremos ! ¡ Juan Poivre, haz lo mismo que yo !

Y con la espada levantada, precipitóse contra el joven.

Imitóle Juan Poivre; pero, más prudente, y temiendo el azar de la oscuridad, colocó su antorcha en una empalizada cercana, antes de lanzarse al combate.

Conviene notar que este era el cuarto asalto del joven Felipe.

Retrocedió hasta la empalizada y recostóse contra ella, dando así, aunque sin intención, la luz en los ojos de sus adversarios.

Al ver los preparativos de tan desigual lucha, Passepoil se sintió culpable para con su discípulo, ya que, por no querer matar al enemigo, dejaba toda la tarea al sargento.

— ¡No puedo consentir que maten á ese niño! — exclamó, tirándose á fondo contra su antiguo ayudante. — Acabemos... ¡Encomienda tu alma á Dios, Bagatelle!

El pobre Bagatelle rompió desesperadamente, contestando:

— Antes que mi alma, señor Passepoil, quisiera encomendarle á usted mis dos hijos.

El brazo derecho del maestro se detuvo antes de dar el golpe mortal.

Su corazón sensible se negaba á producir huérfanos.

Por otra parte, aunque hubiera querido ayudar á su discípulo, era ya tarde, pues los acontecimientos se habían precipitado.

Desde el principio, Juan Poivre y Joël Kermaria saltaron contra el joven. Estaban convenidos.

El primer maestro de florete, con un vigoroso quite,

apartó la espada de Felipe, mientras Kermaria, pasando por debajo, quiso darle un mandoble en la garganta.

Pero la hoja de Kermaria se rompió contra la empalizada, incrustándose en ella; puesto que el discípulo de Passepoil, usando de incontestable derecho, hizo entrar en juego el pomo de su espada, y, sirviéndose como de una maza, dió un enorme porrazo en el pecho al bretón.

Además, su espada, no queriendo aprovechar aquel momento para tomar un reposo merecido, formó un remolino ante los ojos de Poivre, y le clavó el brazo á la espalda, quitándole toda idea de redoblar el ataque.

De común acuerdo, los tiradores próximos se detuvieron, para contemplar aquel espectáculo único.

Kermaria volvía en sí.

Felipe atravesó el cuerpo de su última víctima; y, como había oído ponderar la solidez de las cabezas bretonas, destrozóle el cráneo de un revés, después de pincharle en los ojos.

Joël Kermaria era duro de pelar; su grito de agonía fué un grito de admiración.

— ¡Buena Espada! — exclamó al morir.

— ¡Pobres compañeros! — murmuró el vencedor echando al suelo el arma, para lavarse. — ¡Ellos lo han querido!

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh! — dijo Bagatelle, sofocado; — yo me rindo, señor Passepoil; me rindo.

— Coge pues la espadas — contestó éste — y da el brazo al muchacho, que debe estar cansado, pues no

acostumbra trabajar tan tarde... y vámonos, que mi mujer estará intranquila. En cuanto á ti, muchacho, — añadió dirigiéndose á Felipe — Kermaria acaba de darte un nombre que vale por todos los apellidos... Consérvalo.

Al día siguiente, cuando se descubrieron, fuera de la barrera de Popincourt, los cinco cadáveres, amotinóse el pueblo, y tuvo que intervenir la policía.

Capturaron en el bosque vecino á una banda de ladrones, cuyo jefe fué condenado por matar á cinco maestros de armas.

Al saber esto, Passepoil, Felipe y Bagatelle fueron á prestar declaración á la sala de lo criminal, en cuyo registro se consignó el relato de esa escaramuza...

Por más que el sargento abreviase este episodio, desvirtuándolo en favor de Passepoil, no por eso dejó de maravillarse Cocardasse.

— ¡Trueno de Dios! — exclamó interrumpiendo por segunda vez. — ¡Orgulloso debe de estar de su alumno mi ayudante Passepoil! ¡Qué lección! ¡qué lección!

Acercábanse al campamento y acababan de llegar á la línea de centinelas avanzadas

— No me vuelva á interrumpir, veterano, — continuó el sargento, — que aun no he concluido...

VIII

MATÍAS KNAUSS

Vamos á terminar ahora la historia del sargento, sin cuidarnos de las interrupciones de Cocardasse.

La sala de Amable Passepoil tenía por clientela gran número de militares que iban allí á ejercitar su mano.

Á fuerza de oírles describir batallas, sitios, asedios á que habían asistido, entró poco á poco en Felipe la idea de hacerse soldado.

Fastidiábale, por otra parte, mucho, la reputación que le dieron y que le hacía pasar en cierto modo por animal raro.

Con el tiempo, volvióse más tenaz aquella idea, y, al llegar á los diez y ocho años, resolvió tantear el oficio de la guerra.

Habló de su proyecto á Passepoil, el cual, al principio, trató de disuadirle, pues estaba convencido de que su presencia daba notoriedad á la sala de armas. Pero

viendo que no lo conseguiría, no quiso seguir oponiéndose y hasta le felicitó por sus deseos de querer servir á la patria.

Como el joven no sabía el cuerpo en que quería servir, suplicó á su maestro que le indicase el que más conveniente creyera.

Passepoil le indicó la guardia francesa en donde, según decía, se hacía más carrera que en ningún otro cuerpo.

Decidióse Felipe. Precisamente había en París un regimiento cuyo coronel había sido discípulo de Passepoil.

Este último fué á visitarlo, y después de recomendar eficazmente á Felipe, sentó éste plaza.

Buena Espada no quiso decir nada á Marina antes de arreglarlo todo.

Cuando la enteró de su nueva condición, la pobrecilla quedó muy afligida y vertió abundantes lágrimas.

Felipe dejó que cesasen el llanto y los reproches, y luego la consoló con este razonamiento :

— Mientras esté en París, vendré á verte todos los días, y en cuanto me marche tendrás noticias mías con regularidad.

De todos modos, Marina tuvo que resignarse.

Además, el joven estaba tranquilo respecto de su hermana; puesto que la señora de Passepoil se mostraba cada día más satisfecha de sus servicios y más le consideraba como amiga que como obrera.

Pero al sentar plaza Felipe, no sólo entristeció á Marina, sino que también hirió otra amistad.

Haría unos quince días que había entrado en filas, cuando, una mañana, encontróse en el cuartel con Bonifacio, vestido éste también con el uniforme de la guardia francesa.

— ¿Qué haces ahí? — preguntó sorprendido.

— Lo mismo que tú, Felipe — contestó el joven Passepoil.

— ¡Cómo! ¿Eres soldado?

— ¡Claro!

— ¿Pero, de veras?

— ¡Naturalmente!

— ¿Desde cuándo?

— Desde ayer.

— Vamos, explicame ese misterio, porque no caigo. Nunca me dijiste que te gustaba el oficio de las armas.

— Es que tampoco sirvo por gusto.

— Entonces, aun lo comprendo menos.

— Mira — explicó Bonifacio. — Al día siguiente de marcharte de nuestra casa, me quedé muy triste; me faltaba algo, y te buscaba maquinalmente por toda la casa.

Recuerda que hacía dos años que no nos separábamos ni un momento, y me había acostumbrado á estar siempre á tu lado. Así es que la separación me torturaba, y todo lo veía yo negro.

Papá, que al principio no notó nada, acabó luego por observar en mi rostro un color de membrillo malduro y me preguntó la causa.

— ¡Ah! ¡ah! — exclamó al saberla. — Te falta Felipe... ¡Pues bien! Ve á buscarlo, ya que no puedes

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

vivir sin él, es preferible eso á que te conviertas en un esqueleto.

Y acto seguido, llevóme al coronel de este regimiento, habló por mí como había hablado por ti, y en seguida se arregló la cosa... Y aquí me tienes...

Esa prueba de cariño que le daba aquel buen muchacho emocionó sinceramente á Felipe, y desde entonces, los dos jóvenes fueron inseparables.

Un mes más tarde, el cuerpo á que ambos pertenecían, recibió orden de unirse al mariscal de Sajonia que guerreaba en bohemia y pidió que se le mandasen tropas frescas.

Había, pues, que entrar, cuanto antes, en campaña, es decir, antes de una semana.

La antevíspera del día señalado para la partida, los dos soldados fueron á hacer la última visita á su casa.

Felipe esperaba de Marina una escena de lágrimas mucho más violenta que la precedente.

Pero la niña se mostró heroica, y sólo la palidez de su rostro y una ligera alteración de la voz le desvelaron su pena.

Limitóse á recordarle su promesa de enviarle noticias á menudo, lo que Felipe aseguró por segunda vez.

Terminada la despedida, iban en dirección del cuartel, cuando, al pasar por el atrio de la iglesia de Nuestra Señora, cruzáronse con un anciano alto de barba blanca y vestido con bastante riqueza, que, al ver al compañero de Bonifacio, experimentó un sobresalto y permaneció un momento inmóvil, pareciendo clavado en el suelo por la estupefacción.

Sorprendido de tan extraña actitud que no sabía á qué atribuir, Felipe miró interrogativamente al anciano, para invitarle á decirle lo que pudiera llamarle la atención, en su persona.

Pero, poniéndose en seguida otra vez en marcha, el hombre continuó tranquilamente su camino sin volver á cuidarse de los dos amigos.

Creiendo que había sido engañado por un parecido, éstos no trataron de averiguar más y prosiguieron igualmente su camino.

Un poco más allá, cuando iban á atravesar el Puente del Cambio, se hallaron de nuevo en frente del anciano, quien, para encontrarlos, debió de haber vuelto sobre sus pasos y dar un largo rodeo.

Esta vez, miró tan detenidamente á Felipe y con mirada tan penetrante y extraordinaria, que el joven, algo molesto, tuvo un vago recuerdo de la manera casi parecida con que Passepoil le había examinado cuando su primera entrevista.

— ¡Oiga usted, caballero! — acabó por preguntarle al ver que el examen se prolongaba demasiado, — ¿quiere hacer el favor de decirme lo que hay de particular en mí, para que me mire de ese modo?

Felipe creyó oírle murmurar entre dientes:

— También la voz... ¡qué raro!

Pero, afectando en seguida indiferencia, añadió el anciano:

— Dispéñeme, joven; creí reconocer en usted al hijo de uno de mis colonos á quien hace tiempo que no he visto. Pero debo de equivocarme, pues no creo que

esté en el ejército. Además, usted puede sacarme fácilmente de dudas, diciéndome su apellido. ¿Quiere hacerme ese favor?

— No tengo apellido, y mi nombre es Felipe — replicó el joven; — y nunca he tenido padre colono, ó cuando menos, no creo. Por lo cual, como usted ve, no puedo ser la persona de quien habla.

— En efecto, no — respondió el anciano. — Ahora estoy completamente seguro. Pero ¿cómo es que no tiene usted apellido?

Felipe no creyó deber ocultarle que carecía de familia.

— ¡Pobre muchacho! — exclamó el interlocutor, que parecía apiadarse de su suerte. — ¿Y quién le ha educado?

Felipe pronunció el nombre del tío Moutier y su esposa, así como el lugar en que pasó la infancia con sus padres adoptivos.

— ¿Y cómo se decidieron á recogerle esas buenas gentes? — preguntó el extraño, sin notar que sus preguntas iban siendo demasiado indiscretas.

Me hace usted entrar en curiosidad, y, si me permite, les acompañaré un poco, para oír su historia.

Al expresarse así, tenía tal aspecto de bondad, que, no obstante ser completamente desconocido, Felipe no quiso negarse á lo que solicitaba, y, caminando hacia el cuartel, le contó cómo había sido recogido por los viejos pescadores.

En el curso de su relato, notó varias veces que, de cuando en cuando, se contraían repentinamente las

facciones de su interlocutor, cual si experimentase viva ansiedad, al tiempo que en sus ojos se iluminaba una llama de regular intensidad.

Y hasta, en ciertos momentos, su cabeza se recostaba contra el hombro.

Por dramática que fuese su historia, no pensaba el joven que podía emocionar tanto al primero que la oyera, y achacó aquella agitación á alguna enfermedad nerviosa que padeciera el anciano.

Quando terminó Felipe, dióle las gracias el desconocido, le dijo que su situación le interesaba mucho, y que trataría de hacer algo por él, pues le gustaba aliviar infortunios.

Luego, después de pedirle el número de su regimiento y el de su compañía, para poderle encontrar fácilmente, según decía, se marchó, dirigiéndole un amistoso saludo con la mano.

— ¿Quién podrá ser ese personaje? — preguntó Bonifacio á su compañero cuando se encontraron solos.

— La verdad, no lo sé; tal vez un ocioso que no tenía más que hacer que escucharme.

— ¿Crees realmente que hará algo por ti?

— ¡Eh! — exclamó riendo Felipe; — no veo de qué modo podrá servirme, dada nuestra inmediata salida de París. En medio de todo, nada me importa.

Al día siguiente, en tanto que Felipe se ocupaba en sus preparativos de campaña, un soldado de guardia le avisó que preguntaban por él en la puerta del cuartel.

— ¡Tate! — exclamó — seguramente será el anciano de ayer, que vendrá á verme.

Y curioso por saber lo que le quería, trasladóse á escape al sitio indicado. Estaba en completo error.

En vez de su compañero de la vispera, vió ante sí á un hombre alto, de unos treinta años, vestido de uniforme militar y cuya presencia no podía serle nada agradable.

En efecto, en seguida reconoció en él á un tal Matías Knauss, que había ido varias veces á la sala de armas de Passepoil, en calidad de auxiliar suplente, y al que, cierto día, tuvo que despedir el padre de Bonifacio, por la detestable fama de que gozaba.

Por muy deplorable que la reputación de Matías fuese, no expresaba sino una parte de la realidad, porque ese individuo había sido expulsado del regimiento de guardias lorenenses — cuyo uniforme ostentaba aún indebidamente, — por numerosos robos cometidos en perjuicio de sus compañeros, y, desde entonces, se había hallado comprometido en muchos asuntos tenebrosos y sospechosos en que traidoramente había corrido sangre; en fin, sus únicos medios de existencia consistían en estar á sueldo de quien quisiera ocuparlo en alguna mala acción.

Passepoil, á quien personas dignas de fe habían contado todo eso, le prohibió terminantemente la entrada en su casa, amenazándole con los gendarmes si osaba quebrantar la prohibición.

Nuestro hombre no volvió á aparecer por la sala de armas.

Felipe, que no ignoraba esta historia, fué muy sorprendido de la visita, que no se explicaba.

¿Qué podía ofrecérsele?

Se conocían muy poco, pues Bonifacio y él habían huído siempre de toda relación con aquel hombre, á causa de su aspecto sospechoso, que ellos notaron desde el primera día, presintiendo lo que Passepoil supo más tarde.

Por otra parte, no era difícil adivinar al alemán, porque sus vicios se hallaban escritos en su feo rostro, y, al primer encuentro, el mismo Cocardasse había hallado en él una verdadera cara de bebedor de faro; — epíteto que en el concepto del soldadote, era la más sangrienta patente de despreciable inferioridad.

— ¿Tiene usted algo que decirme? — le preguntó el joven, en tono poco conciliador.

— ¡Ya lo creo, querido Felipe! — repuso el otro con marcado acento tudesco y tratando de dar á su fisonomía, amable expresión. — ¡Sí, tengo que decirte algo! ¡Cómo! ¿marchas á la guerra y no eres siquiera para venir á darme el apretón de manos de despedida? ¿Qué quiere decir ese olvido?

— Pues, francamente, no ha sido olvido, — replicó el soldado, estupefacto por tal aplomo. — ¿Por qué había de ir á despedirme de usted? Nunca hemos sido amigos, que yo sepa... al contrario.

Matías debía de estar desempeñando algún papel; puesto que no perdió la serenidad á pesar de esa acogida poco cariñosa.

— ¿Conque esa es la forma en que me recibes, chi-

quillo? — continuó. — ¡La verdad, no está bien tratar así á un amigo!

— ¡Yo!... ¡amigo de usted!... eso es muy fuerte... ¡nunca me consolaría!

— ¡Bueno! Si tú no eres amigo mío, yo lo soy tuyo.

— Peor para mí.

— No; mejor, pues así vas á poder pasar bien tu último día de París.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Mira lo que quiero decir — prosiguió Knauss, cada vez más amistoso y sacando de su bolsillo una bolsa llena de escudos que sacudió triunfalmente.

Furioso por haber sido molestado por ese canalla, cuyos antecedentes no tenían para él la menor probabilidad de éxito, disponíase Felipe á volverle la espalda, cuando se le unió Bonifacio, intranquilo por saber quién lo había mandado llamar.

Al primer golpe de vista reconoció Passepoil al sospechoso personaje.

— ¡Ah! ¿no es Matías Knauss? — preguntó.

— Sí — contestóle su amigo. — ¿Y sabes por qué ha venido? Porque estaba ofendido por no haberme ido á despedir de él.

— ¡Qué audacia! — exclamó Bonifacio, soltando una carcajada. — ¿Te habrás disculpado?

Al ver al hijo de Passepoil, tranquilizáronse las facciones de Matías y recobraron su expresión cautelosa.

Y dirigiéndose á él, murmuró con tono de amargo reproche:

— ¡Cómo! ¿También tú, Bonifacio, me dices cosas malas?

— ¡Toma! ¿Quiere que le felicitemos?

— No tengo suerte — repuso Matías, fingiendo despecho. — ¡Ninguno de estos dos amigos me recibe bien! ¡Es para dudar para siempre de la amistad! Vaya, Bonifacio, ¿tampoco quieres tú venir conmigo?

— ¿Para qué? ¿Para emprender en tu compañía el camino de la cárcel?

Pero, decididamente, el teutón era de buena pasta.

— ¡Mira, mira, si tenemos con qué divertirnos! — continuó sin ofenderse por ese nuevo sarcasmo y colgando su bolsa ante los ojos del guardia francés. — ¡Eh! ¡con esto se obtienen placeres! Todo es para gastarlo en toda clase de locuras.

— Me alegro por usted — repuso fríamente Bonifacio, aunque la inopinada vista de aquel dinero despertase súbitamente su codicia.

— Haremos lo que quieras. Si te gusta beber, beberemos; si te place comer, comeremos; si eres aficionado á las faldas...

— No acostumbro beber ni comer fuera de las horas habituales; en cuanto á las mujeres, tengo que hacer cosas más importantes que embarazarme con ellas — replicó el amigo de Felipe, que no hacía ningún sacrificio al hablar así; puesto que, en realidad, no le gustaban ninguna de las distracciones enumeradas.

— En ese caso, ¿qué podría agradarte? — preguntó el alemán algo turbado — ¡Ah! ¡sí! ya sé... Y pensar

que no me acordaba... Jugaremos, querido, jugaremos... ¿Ó ya se te pasó eso?

Sabemos cuál era la pasión dominante de Bonifacio : el dinero. Era tan absoluta en él esa pasión que, frío por naturaleza, perdía completamente el sentido cuando ella le hacía sentir su aguijón. Entonces no retrocedía ante ninguna extravagancia, para saciarla.

Así es que la idea de que le era posible ser poseedor de algunas de aquellas monedas que relucían á través de la bolsa de Matías, modificó por completo sus modales para con éste.

— ¿Jugaremos? — repitió, ablandándose de pronto.

Era muy ducho en todos los juegos y, por consiguiente, de cien probabilidades tenía noventa y nueve de realizar sus esperanzas, es decir, de ganar á Matías parte de su dinero.

— Jugaremos al hombre, á la baceta, á lo que más te convenga — contestó su tentador, que le veía picar el anzuelo. — ¡Y cuántas partidas haremos! Hasta la noche... si quieres...

— No ; hasta la noche no... unas veinte sólo, será cosa de dos horas ó dos horas y media.

— Bueno, vaya por las veinte... y me alegraré de que tengas buena suerte, pues á mí no me importa perder algunos escudos, lo que á ti, lo sé, te ha de gustar ; siempre hace falta dinero, cuando se parte á campaña.

Felipe se asombraba del cambio operado en su amigo ; y no quería que ocurriesen las cosas así.

Decidió, pues, oponerse con toda su energía á la enorme locura que el pobre chico iba á cometer.

— ¡Cómo! — exclamó — ¿De veras piensas ir á jugar con ese... caballero, Bonifacio? Vamos, recuerda lo que hubo entre tu padre y él, y las circunstancias en que tuvo que dejar nuestra academia.

Y hablaba crudamente para convencer mejor á su amigo ; á más de que le importaba muy poco ofender al granuja cuya venenosa mirada sentía sobre sí.

Pero ¡ay! el pobre muchacho á quien predicaba prudencia, se hallaba ya bajo el imperio de su pasión y su perturbado cerebro no le permitía ya discernimiento alguno.

— No hay ningún mal en jugar algunas partidas — le replicó.

— Cuando se juega con un hombre honrado, no, no lo hay.

Y con despreciativa mirada, midió Felipe de arriba abajo á Matías, que se ponía pálido de rabia.

— ¡Pues bien! en vez de veinte, sólo jugaremos tres ó cuatro, te lo prometo, — dijo Bonifacio para apaciguarle.

— Sí, eso es, tres ó cuatro nada más ; la cosa es pasar un rato juntos — observó Matías, dominando el furor en que le sumían las últimas palabras.

— Una vez más, te digo que no, — insistió su amigo. — Lo que haces no está bien, Bonifacio, y si tu padre lo supiera se llevaría un disgusto. Además, pregunta á ese señor de dónde ha sacado ese dinero ; de qué manera lo ha ganado ; probablemente se vería muy comprometido para decirlo.

— Nada de eso — replicó el alemán.

Y con calma, pues sabía bien su lección, añadió:

— Este dinero procede de una pequeña herencia que he cobrado hace días.

— ¡Mentira!... y me jugaría la cabeza á que es fruto de alguna mala acción que ha cometido usted ó que va á cometer.

Ante tan virulenta salida, Matías realizó un movimiento brusco, como para abalanzarse contra Felipe; pero, temiendo sin duda que una riña comprometiese en aquel momento la ejecución de sus planes, se contuvo y limitóse á encogerse de hombros desdeñosamente.

— ¡Ea! vámonos, Bonifacio — continuó Felipe, creyendo que lo que acababa de decir respecto de la procedencia del dinero de Knauss impresionaría á su amigo; — dejemos á ese individuo que vaya á gastar ó á perder con gentes de su calaña sus mal adquiridos escudos.

Y mientras hablaba, trataba de arrastrar á Passepoil hacia lo interior del cuartel.

Pero, deslizándose de entre sus manos, corrió éste á Matías, preguntándole:

— ¿Dónde podríamos ir á jugar?

Indudablemente, el desgraciado no debía de haber entendido una palabra del rudo apóstrofe dirigido al miserable, y sólo pensaba en la ganancia que tendría en las proyectadas partidas.

En vista de semejante aberración, Felipe estaba completamente desarmado y comprendió que le sería imposible hacer entrar en razón á su amigo; lo cual le afectó dolorosamente.

— El mejor sitio para jugar sin que nos molesten — respondió Matías — es una taberna que yo conozco en la calle de Fouarre, en la que hay salas particulares. Allí se está tranquilo, y no tendremos moscones al lado. Ya verás qué bien estaremos.

— Vamos, pues — dijo Bonifacio. — ¿Tú vienes, Felipe?

— ¡Pardiez! ¿Crees que voy á dejarte solo en semejante compañía? — replicó iracundo el interpelado.

Y, cosa rara, lejos de ofender esas palabras á Knauss, como era de suponer, parecieron, por el contrario, causarle sensible satisfacción.

Á Felipe le chocó algo esto; pero muy preocupado por la tontería que iba á cometer Bonifacio, no se entretuvo en profundizar la cosa y amoldó su paso al de éste, que ya iba delante con el alemán.